

*Muerte de Asdrúbal. – Aníbal, su sucesor. – Motivo por que prevaleció en todo el Peloponeso el nombre aqueo. – Sistema de esta República. – Ejemplos de su integridad y quién fue el autor de la Liga aquea.*

El capitán de los cartagineses, después de haber gobernado España por ocho años (año -221), fue muerto una noche en su tienda a traición por un galo, que quiso satisfacer sus particulares ofensas. Su urbanidad con los potentados del país, mayormente que sus armas, había proporcionado un gran ascendiente a los intereses de Cartago. La República, atenta a la sagacidad y valor que Aníbal, aunque joven, mostraba en los negocios, le confió el mando de España. Luego que tomó éste las riendas del gobierno, cuando fue fácil colegir de sus designios que llevaría las armas contra Roma, lo que al fin ejecutó sin que pasara mucho tiempo. De aquí en adelante todo fueron recelos y mutuas querellas entre cartagineses y romanos. Aquéllos tomaban ocultas medidas con el anhelo de satisfacer las pérdidas que habían sufrido en Sicilia; éstos desconfiaban a la vista de sus proyectos; de donde claramente se infería la guerra que dentro de poco había de estallar entre ambos pueblos.

Por este mismo tiempo los aqueos y el rey Filipo con los demás aliados promovieron contra los etolios la guerra llamada *social*. Y supuesto que, referidas las cosas de Sicilia, África y sus resultas, según el enlace de nuestro preámbulo, hemos llegado al origen de la guerra *social* y al de la segunda guerra que se hizo entre romanos y cartagineses, llamada comúnmente anibálica, desde cuya época hemos prometido en el exordio dar principio a nuestra historia, será procedente que, omitidos por ahora estos hechos, pasemos a los que sucedieron en Grecia, para que de esta forma corresponda en todas sus partes nuestro preámbulo, llegue la narración hasta esta misma fecha y demos principio a la historia y enunciación de las causas que privativamente hemos emprendido.

En el supuesto de que no nos hemos propuesto referir las acciones de una nación (por ejemplo, de los griegos o persas), como han hecho otros antes que yo, sino todas las acaecidas en las diversas partes del mundo conocido, para cuyo designio han contribuido ciertas particularidades de la edad presente, que manifestaremos por menor a su tiempo, será del caso apuntar ligeramente, antes de prin-

cipiar la obra, los pueblos más célebres y lugares más conocidos del universo. De los asiáticos y egipcios bastará hacer mención desde la época que acabamos de fijar. Pues a más que muchos han publicado la historia de sus pasadas acciones y no hay persona que no la conozca, no ha ocurrido en nuestros días alteración ni innovación extraordinaria de la fortuna que valga la pena de repasar sus anteriores anales. Pero de los aqueos y casa real de Macedonia, por el contrario, convendrá recorrer ligeramente los tiempos pasados, supuesto que ha sucedido en nuestro tiempo la total extinción de ésta y el extraordinario auge y estrecha unión de aquéllos, como dijimos más arriba. Muchos habían intentado antes de ahora persuadir a los peloponesos a esta concordia; mas como no les impelía a obrar el amor de la común libertad, sino el de la elevación propia, ninguno pudo conseguirlo. Pero actualmente ha tomado tal incremento y consolidación esta liga, que no sólo han formado entre sí una sociedad de aliados y amigos por lo que respecta a intereses, sino que usan las mismas leyes, los mismos pesos, las mismas medidas, las mismas monedas, los mismos magistrados, los mismos senadores, los mismos jueces; y en una palabra, lo único que impide que casi todo el Peloponeso no sea reputado por una sola ciudad es el que no estén cercados de unos mismos muros sus habitantes; todo lo demás, ya sea en común, ya en particular en cada ciudad, es idéntico y en todo semejante.

Ante todo no será infructuoso conocer cómo y de qué manera prevaleció el nombre de *aqueo* en todo el Peloponeso. Porque ni los que heredaron esta denominación de sus mayores exceden a los demás en extensión de país, ni en número de ciudades, ni en riquezas, ni en valor de habitantes. Al contrario, Arcadia y Laconia llevan mucha ventaja a los aqueos en población y terreno, y el valor de estos pueblos no es capaz de ceder la primacía a alguno otro de Grecia. Pues ¿cómo o en qué consiste que actualmente son celebrados estos y los demás pueblos del Peloponeso por haber abrazado su gobierno y apellido? Atribuir esto a la casualidad, a más de que no es regular, sería una ridiculez manifiesta. Mejor será que inquiramos la causa, pues sin ella no se obra nada bueno o malo. A mi entender, es la siguiente. No se encontrará república donde la igualdad, la libertad y, en una palabra, donde la democracia sean más perfectas ni la constitución más sencilla que en la aquea. Este sistema de gobierno tuvo en el Peloponeso algunos partidarios voluntarios; muchos a quienes atrajo la persuasión y el convencimiento, y otros con quienes se usó de violencia, pero poco después se complacieron de haber sido forzados. No había privilegio que distinguiese a sus primeros fundadores. Todos gozaban de iguales derechos desde el acto de su recepción. Y sólo valiéndose de los dos poderosos antidotos, la igualdad y la dulzura, vio logrados prontamente sus premeditados designios. Esto se debe reputar por fundamento y causa principal de la concordia de los peloponesios, que los ha constituido en tan elevada fortuna. Que esta privativa constitución y gobierno que acabamos de exponer se observasen ya antes entre los aqueos, fuera de otras mil pruebas que lo pudieran hacer demostrable, bastará por ahora traer uno o dos testimonios que lo comprueben.

Cuando se quemaron los colegios de los pitagóricos en aquella parte de Italia llamadas la Magna Grecia, se originó después, como es regular, una conmoción general sobre el gobierno, a causa de haber perecido los principales de cada

ciudad con tan imprevisto accidente. De aquí provino llenarse las ciudades griegas de aquella comarca de muertes, sediciones y todo género de alborotos. En tales circunstancias, aunque las más de las repúblicas griegas enviaron sus legados para el restablecimiento de la paz, la Magna Grecia sólo se valió de la fe de los aqueos para el expediente de sus presentes disturbios. Y no sólo por entonces adoptó la constitución aquea, sino que poco después determinó imitar en un todo su gobierno. Para esto los crotoniatas, los sibaritas y caulionatos, congregados y convenidos, consagraron primero un templo a Júpiter Hamario o *Limitrofe*, y un edificio público donde celebrar sus juntas y consejos; después admitieron las leyes y costumbres de los aqueos, y acordaron poner en práctica y seguir en todo su sistema. Aunque en adelante la tiranía de Dionisio Siracusano y la prepotencia de los bárbaros circunvecinos les obligaron a abandonarlo, no por voluntad, sino por fuerza.

Después de la inopinada derrota de los lacedemonios de Leuctra, y haberse alzado los tebanos con el mando de Grecia contra toda esperanza, se promovió una disputa por toda Grecia, pero principalmente entre estos dos pueblos, negando aquéllos haber sido vencidos, y rehusando éstos reconocerles por vencedores. Entre todos los griegos, en solos los aqueos se comprometieron los tebanos y lacedemonios para la decisión de esta diferencia, en atención, no a su poder, pues entonces era casi el menor de Grecia, sino a su fe principalmente y probidad en todas las acciones. Este concepto general tenían todos formado de los aqueos por aquellos tiempos. Entonces todo su poder consistía únicamente en la rectitud de sus consejos; realizar algún hecho o acción memorable que mirase al engrandecimiento de sus intereses no podían, a causa de no tener una cabeza capaz de ejecutar sus proyectos. Lo mismo era descubrirse algún talento superior, que oscurecerlo y sofocarlo el gobierno de Lacedemonia, o más bien el de Macedonia.

Pero luego que en la consecuencia tuvo esta República jefes que correspondiesen a sus intenciones, dio al instante a conocer el poder que en sí encerraba, por la liga que formó entre los peloponesios, acción la más gloriosa. Arato el escioniano fue la cabeza y autor de este proyecto; Filopemén, el megalopolitano, lo suscitó y llevó a su complemento, y Licortas con sus secuaces lo corroboró e hizo durable por algún tiempo. En el transcurso de la obra procuraré notar donde convenga qué fue lo que hizo cada uno, de qué modo y en qué fecha. Del gobierno de Arato, tanto ahora como después hablaré sumariamente, por haber él compuesto comentarios muy fieles y elegantes de sus propias acciones; pero por lo que hace a los demás, haré una relación más circunstanciada y crítica. Presumo que la narración será mucho más fácil y más proporcionada a la inteligencia de los lectores si doy principio en aquella época en que, distribuidos en aldeas los aqueos por los reyes de Macedonia, empezaron a confederarse entre sí sus ciudades. Desde cuya unión, aumentándose sin cesar, han llegado a la elevación que al presente admiramos y de que poco ha hicimos particular mención.